

Juana de Vega

condesa de Espoz y Mina
(1805-1872)

Xosé Ramón Veiga Alonso



XOSÉ RAMÓN VEIGA ALONSO

**JUANA DE VEGA,
CONDESA DE ESPOZ
Y MINA (1805-1872)**

Hacer en el siglo

Marcial Pons Historia
2023

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Xosé Ramón Veiga Alonso
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03 edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-18752-66-7
Depósito legal: M. 10.729-2023
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Fotocomposición: Francisco Javier Rodríguez Albite
Impresión: Safekat, S. L.
Madrid, 2023

Índice

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN	9
1. LA FAMILIA	15
<i>Juan Antonio y María Josefa</i>	15
«Hija única de padres acomodados, y aun pudientes si se quiere»	17
<i>Liberal desde la cuna</i>	21
<i>El fin de la inocencia</i>	28
<i>El precio de la libertad</i>	32
«Creo que seremos muy felices, señorita»	36
2. LA VIDA CON EL GENERAL	47
<i>En Madrid</i>	47
<i>En A Coruña, pero con la mente y el corazón en Catalunya</i>	49
<i>Un extraño periplo portugués</i>	51
<i>Una vida en Albión, sacred refuge of mankind</i>	58
The pounds	67
La conspiración. De fracaso en fracaso hasta la victoria final.....	69
<i>Un mito sin salud</i>	78
3. JUANA.....	85
<i>Vuelta a casa</i>	85
<i>Tiempo de memoria... interrumpida entre política y beneficencia</i>	94
<i>En palacio (1841-1843)</i>	106
<i>Un ¿retiro? coruñés (1844-1855)</i>	170
<i>Filantropía, política y memoria (I)</i>	171
Filantropía	171

	<u>Pág.</u>
Política	245
Memoria.....	313
<i>1856-1872: hacer, hacer y volver a hacer</i>	370
<i>Filantropía, política y memoria (II)</i>	371
... mucha más filantropía	371
... más política	459
... y más memoria.....	499
<i>Fin de trayecto</i>	528
ARCHIVOS Y BIBLIOGRAFÍA.....	533
ÍNDICE DE NOMBRES	569

Introducción

En una carta que Juana de Vega dirige a Ramón Gil de la Cuadra a comienzos de marzo de 1852, le dice: «Yo no tengo pretensión de saber escribir». La mujer que realiza esta afirmación acaba de entregar a la imprenta cinco volúmenes con las *Memorias* de su marido, el general Francisco Espoz y Mina, que suman unas dos mil páginas. No hay constancia cierta de que, efectivamente, Juana sea la autora, pero tiene boletos de sobra para aparecer como la principal sospechosa. Incluso el propio título, al incluir un redundante «escritas por el mismo», casi pone la venda antes de la herida. Pero es que, aun si restamos este trabajo, la coruñesa, condesa de Espoz y Mina desde 1836, es autora de otras dos obras de carácter autobiográfico, los *Apuntes* sobre los años como aya real entre 1841 y 1843, y su *En honor de Mina. Memorias íntimas*, que la convierten en un caso excepcional, prácticamente único. Lejos, sin embargo, de buscar reconocimiento público, en su escritura se mueve siempre con una modestia extrema. Si escribe no es por una vana pretensión de gloria personal, sino movida por obligaciones superiores: con la memoria de su esposo, con la verdad histórica y hasta con la patria. Es consciente, como también Luisa Sáenz de Viniegra, la viuda y biógrafa de José María Torrijos, de que se maneja en un campo minado peligroso para las féminas. La prosa y la escritura sobre hechos y personajes reales es cosa de hombres, un espacio de la esfera pública reservado para ellos. Es un territorio político y politizado naturalmente vedado a las escritoras: invadirlo repugna a su condición y va en contra de su sensibilidad y de su ser.

Entrar aquí exige, por lo tanto, una buena coraza y sobredosis de modestia. Hay que tocar a la puerta, disculparse y solicitar la venia.

La irrupción debe ser cuidadosa y justificada en motivaciones que trascienden lo personal y se asientan en deberes insoslayables. Juana lo hace así, se adapta a una barra estrecha y, al igual que la más hábil de las gimnastas, ejecuta equilibrios sobre ella. Pero como el camino se hace al andar, sus pasos repetidos la dilatan de manera casi imperceptible, y permiten a las que vienen detrás un transitar algo más cómodo y hasta plantearse sustituir la barra por una superficie más ancha y menos exigente. Aparecer como una mujer necesitada de respaldo varonil es otra de las estrategias empleadas. Primero como «hija de», luego como «mujer de» y, finalmente, como «viuda de», situaciones todas reales y que, por supuesto, condicionan su actuar, pero en las que reborda el carácter pasivo que se les supone a favor de comportamientos que, sin cuestionar abiertamente el canon dominante, introducen un grado de autonomía y una capacidad de *agency* que conviene no minusvalorar. El ejemplo y la estela de su padre y de su marido son los quitamiedos que le proporcionan seguridad, pero que no le impiden un hacer cada vez más autónomo y personal, en unos casos a la vista de todos y en otros detrás del telón para evitar reacciones hiperventiladas de guardianes de la moral que nunca faltan en todas las épocas.

Su padre es uno de esos liberales primerizos que lo apuesta todo al 12 de la Constitución, y a su sombra Juana se empapa de la cultura política del primer liberalismo. Su matrimonio con Espoz y Mina le proporciona una experiencia que incluye diez largos años de exilio y conspiración, decisivos para comprender sus acciones y sus actuaciones como viuda eterna desde la Navidad de 1836. Incluso luego de la muerte del navarro, la condesa se hace acompañar de sus restos momificados, una decisión que, si hacia el exterior envía un mensaje de amor más allá de la muerte, hacia dentro se puede interpretar como una necesidad de apoyo y de respaldo emocional. Juana lo precisará porque su actividad pública ya viuda va a ser tan intensa como expuesta. Estos restos y su luto riguroso son otra armadura con la que se presenta en sociedad; en ellos busca una respetabilidad que la ampare en sus actuaciones, que amortigüe posibles golpes y que la salvaguarde ante hipotéticas ofensas. Su aspecto grave y formal, su estética desatenta de la moda, su sencillo peinado, sus modales y su emocionalidad contenidos, y hasta la calceta que hace durante su tertulia, le dan una cierta imagen de mujer situada fuera del siglo, pero nada más alejado de la realidad. Puede que su corazón esté marchito y sea in-

capaz de abrigar un nuevo amor, pero late, y lo hace con fuerza, para preocuparse y ocuparse de los más desfavorecidos, para reivindicar la buena memoria de su esposo y para ofrecer consejo, opinión y apoyo a sus correligionarios políticos, a unos liberales progresistas que tienen en la condesa de Mina a la «gran dama del primer progresismo español», en palabras de José Antonio Durán.

La modestia que domina sus discursos se compagina mal con la decisión y la rotundidad que impregnan sus acciones. Puede hasta dar la impresión de una personalidad disociada, que es una cuando escribe y otra distinta cuando actúa, pero no creo que sea así. Hay algo de pose impostada y de disimulo, de falsa modestia, en expresiones que buscan rebajar su autonomía y su propiedad cuando se pone a escribir. Pero sea por boca de terceros en las *Memorias* de su esposo, sea poniéndolo como excusa para hablar de sí misma en *En honor de Mina* o sea para situar la verdad en su sitio y salvar su responsabilidad y la de sus compañeros en la atención de las infantas Isabel y Luisa Fernanda en sus *Apuntes*, que valora como una obligación patriótica por afectar a quien afectaba, la condesa nunca deja de decir y de ofrecer opinión. Exige a menudo una lectura entre líneas, un ejercicio de comprensión apoyado en una contextualización apropiada, realizar extrapolaciones a partir de lo leído y de lo sabido, pero el esfuerzo vale la pena porque permite vislumbrar las ideas, los pensamientos y hasta las emociones de la biografiada. Disponer, gracias a la amabilidad y la generosidad de Paloma Bescansa, de las cartas que en 1841 y 1842 intercambia con su íntimo amigo Fermín Bescansa aporta un impagable contrapunto que equilibra sus escritos públicos y un inédito puesto de observación especialmente útil por apoyarse en la sinceridad y la espontaneidad (relativas, en todo caso) del juego epistolar.

Su mano ordenada se deja ver en los papeles de su marido Espoz y Mina custodiados en el Archivo Real y General de Navarra. Varias anotaciones, así como la letra que identifica carpetillas y mazos, la descubren en su papel de archivera, de guardiana y de albacea de la memoria del general navarro. Pero, como en cualquier otro depósito archivístico, también de expurgadora y de seleccionadora. Todo apunta a que doña Juana elige con tiento la documentación que quiere legar a la posteridad, y que aquella de carácter más personal la mantiene fuera de miradas curiosas. Hace lo mismo en sus escritos, huérfanos casi siempre de detalles privados y parcos en apor-

tar impresiones sobre asuntos que se salgan del argumentario central. Como la que será su amiga íntima, Concepción Arenal, diferencia de forma neta la faceta pública de su trabajo de sus relaciones privadas, que guarda bajo siete llaves y de las que apenas ofrece información alguna. Solo en contadas correspondencias, básicamente en aquellas enviadas que han escapado a su control, o en comentarios de terceros, es posible descubrir una Juana de salud delicada con algún problema cardíaco, pero que no le impide llevar una vida normal, particularmente sensible a la desaparición de amistades queridas y siempre muy consciente del valor de la amistad, que cultiva con mimo, por ejemplo, en intercambios epistolares que, confiesa, le ocupan mucho tiempo. Su tertulia nocturna, tan mencionada como poco conocida en sus pormenores y, en palabras de Emilia Pardo Bazán, no conformada por lo más escogido de la sociedad coruñesa de la altura, nos habla de una sociabilidad más burguesa que aristocrática y más mesocrática que titulada.

Es hija de comerciante, y en su ADN el esfuerzo y el trabajo van de serie. Como dicen amigos y panegiristas, no se deja deslumbrar por el brillo de títulos y condecoraciones, y por eso la veremos rehusarlos en más de una ocasión. Conocer y asumir con orgullo sus orígenes le permite caminar con los pies en el suelo y despreciar miradas condescendientes por encima del hombro, así como manifestarse confiada en que solo la dedicación y la constancia, la valía personal, el tesón y la perseverancia permiten avanzar y mejorar. En esto su liberalismo sigue la estela de los que hablan de progreso social y de los que apuestan por introducir reformas en un modelo de desarrollo que deja a demasiados tirados en las cunetas. El agente encargado de aportar algo de equilibrio no es, sin embargo, ni un Estado ni unos poderes públicos que Juana quiere contenidos en sus actos, en su presencia y en sus atribuciones, sino la sociedad civil organizada y asociada. El espíritu de asociación, uno de los mantras más repetidos en el siglo, la reunión de los que saben, pueden y quieren, es el paliativo. Su liderazgo en la Asociación de Señoras de Beneficencia coruñesa, ambiciosa en su querer abarcar cada vez más espacios de atención y cuidado a los más débiles, incluso enfrentando a los poderes públicos, es la mejor demostración de su activismo social.

Juana vive la revolución y la postrevolución, y en su trayectoria condensa una de las evoluciones liberales posibles que viaja desde el respeto sacrosanto a la Constitución de 1812 y la práctica de un dere-

cho a la insurrección en caso de patria en peligro muy complicado de manejar, hasta posturas que se alejan de la exaltación tanto como se acercan a la opción por un liberalismo que busca maridar orden con libertad y progreso con respeto a la legalidad. Su más que probable participación en el «46» gallego, en el intento insurreccional encabezado por Miguel Solís, tiene algo de frontera, de paso del Rubicón, que achica una vía insurreccional y ensancha otra que camina por un progresismo patricio y respetable. Nada de esto supone un acercamiento a los hombres de la moderación y ni siquiera a los de la Unión Liberal, sino un marchar más sosegado que, sin renunciar a la mejora progresiva de la humanidad, entiende que debe hacerlo sin más pronunciamientos y sin más sables. Hoy sabemos que no fue así, pero entonces era una alternativa abierta siempre que contase con el liderazgo adecuado para guiar a unas clases populares que la educación y el trabajo debería convertir en medias. El planteamiento elitista salta a la vista, pero es que la condesa ni fue una demócrata ni habló de justicia social. Pero sí fue consecuente en lo que entendía su obligación, y por eso no dudó en enfrentarse con autoridades valoradas como desatentas ante las necesidades de los más desvalidos.

Monárquica por pensamiento y emoción, y religiosa sin afectación, sus ideas de reforma social se mueven dentro de unos límites característicamente liberales y burgueses. Mar por medio, la larga experiencia inglesa es aquí un grado: la articulación de la sociedad civil, la unión de las fuerzas de los que saben y tienen debe ser la base que permita a los más desfavorecidos atisbar un mínimo horizonte de salida y de mejora. Es, además, su obligación como buena cristiana, y a ella se entrega en cuerpo y alma, con su persona y con su patrimonio, en un hacer constante centrado en la beneficencia y en la promoción de iniciativas educativas dirigidas a los desheredados de la fortuna. Evitar trastornos sociales y cegar el camino a las ideas que hablan de igualdad y de revolución forma parte de la agenda, pero no a partir de planteamientos asentados en la represión y el control, sino en la promoción de una sociedad más abierta e inclusiva, desigual y jerarquizada, porque eso es lo «natural», con cada cual básicamente conforme con su situación, con la religión como consuelo último, pero en la que cada vez más individuos sientan que tienen su lugar y que pueden hacerlo un poco más cómodo. Reforma prudente, progresiva, hasta contenida si se quiere, dirigida, guiada y pautada desde arriba, con más lástima sentimental que justicia dis-

tributiva..., pero reforma a fin de cuentas, sin detenciones y, sobre todo, sin marcha atrás.

Su vida fue de las que se podrían convertir en un serial televisivo. Comió polvo en los caminos y sintió el salitre en su rostro, porque fueron miles los quilómetros recorridos. Se codeó con lo más granado de la sociedad, con la especialísima sociedad de corte de mediados de siglo y con las elites que ocupan los balnearios a la última, pero también convivió con los atacados por el cólera en 1854. Participó de la lucha liberal contra el absolutismo y, obligada por su condición de mujer, lo hizo después en la sombra a favor del progresismo encarnado en hombres como Mendizábal, Gil de la Cuadra o Salustiano Olózaga. Su biblioteca, lamentablemente conocida por quien esto escribe en un momento muy avanzado de la investigación y con los condicionantes impuestos por otra epidemia, confirma su condición políglota y hace buenas las sospechas de una mujer cultivada, leída y con buen oído, y de ahí su precoz patrocinio de Pablo Sarasate. Algunos aspectos hasta ahora apenas intuidos, como su defensa de los protestantes perseguidos a inicios de la década de los sesenta o sus iniciativas a favor de condenados a muerte, delinear una personalidad sensible hacia los que padecen persecución, siempre a partir de un hondo sentimiento cristiano con la caridad como norte. La misma que la lleva a movilizar sus contactos para crear un manicomio en Galicia, que, sin embargo, no logrará ver realizado.

Cumplir con el deber. Creo que esta es la máxima que mejor define a doña Juana de Vega. Cumplir con su patria, con la memoria de su marido, con los valores recibidos de sus padres, con sus amigos, con sus correligionarios progresistas, con sus niños abandonados, con los pobres y los enfermos, con los perseguidos y los condenados, con los faltos de educación formal. Y cumplir, también, con ella misma, con su conciencia y con su sentimiento de hacer lo que toca en cada momento. La muerte de su marido la encontró muy joven, con apenas treinta y un años, con futuro por delante para intentar encontrar un nuevo amor que provocase un latir apresurado de su siempre delicado corazón. Pero no lo hizo. Cumplió, también aquí, con su obligación autoimpuesta de viuda eterna. Acertada o no, fue su decisión y, como en todo lo que hizo, que fue mucho, la llevó a rajatabla hasta el final. Veamos ahora el hacer en el siglo de Juana María.